

La oportunidad del lugar

Haciendo una lectura de la obra que se presenta en esta exposición titulada *Lugares, tiempo y fracaso*, podemos tener una experiencia afectiva con el paisaje, al igual que la ha tenido el autor. No será la misma, obviamente, porque toda experiencia de cierta intensidad está afectada en su esencia por la subjetividad de quien la sostiene. Conozco el trabajo de Román Corbato (Gijón, 1980) desde sus primeros pasos por la Facultad de Bellas Artes de Pontevedra, después de haber finalizado sus estudios de arquitectura. Ya este dato nos indica parte de su inquietud, de su curiosidad y sus ganas por seguir ampliando su formación. Pero si bien en el texto de un catálogo se ensalza a la persona que ha hecho la obra, sobre todo, hay una presentación del trabajo y es oportuno apuntar unas mínimas claves para su percepción estética.

Situémonos, entonces, en un territorio fronterizo, tanto por el terreno o lugar donde pretendemos caminar, el límite entre la naturaleza y lo urbano, así como por la actitud con la que tendremos al observar, medir y construir desde la ruina, desde el desecho. Esta es la experiencia a la que nos invita el autor.

La modernidad se ha distinguido por poner de relieve el dominio que se pretendía sobre la naturaleza de nuestro entorno. Así la observación resultó fundamental para dominar unas condiciones no siempre favorables para el hombre y con ella la medición e intento de ordenar una realidad que poco a poco se iba dominando. En esto consistía el proyecto de la Ilustración. Los románticos se encargarían de poner de relieve ese distanciamiento de una naturaleza de la que proveníamos y a la que era imposible regresar, de ahí su melancolía y añoranza por estos espacios. La posición que toma Corbato en su trabajo tiene que ver con esta tensión generada entre estas dos actitudes y en la que hoy seguimos inmersos con una postmodernidad que pone en evidencia las limitaciones e imposibilidades del proyecto moderno, a la vez que se da una sensibilización por la naturaleza, a través de los movimientos ecologistas, por ejemplo, no exenta de desabrimiento.

Dicho esto, el paseante a la deriva o *flanêur* que hay en el artista opta, y se siente cómodo en ellos, por ir caminando por esos espacios donde la vida parecía aflorar y transcurrir plácidamente pero que ha sido subvertida, alterada en su orden natural, impedida en su natural desarrollo. Los espacios generados por nuevas urbanizaciones *inhabitadas*, podríamos decir, que han aflorado ante la crisis del modelo económico de nuestra década, son el lugar perfecto para sensibilizarse con la naturaleza ya en proceso de transformación. Y el paisaje, que en palabras de A. Roger es la *arteficialización* del país, lo entendemos como una mirada cultural sobre el país en concreto. Si el país es el espacio de lo común, lo que ya estaba ahí, el paisaje es la visión estética proyectada sobre dicho lugar. Así Román Corbato genera unas intervenciones en lugares como urbanizaciones abandonadas, rotondas sin tráfico o simplemente en su jardín como reducto de un paraíso que se sabe perdido y que, sin embargo, se resiste a abandonar. Allí encuentra materiales que recoge, limpia, ordena, mide y apila como si con dedicado mimo quisiera entablar diálogos con el lugar. Y será esta misma preocupación por los lugares la que le lleve a hacerse preguntas de mayor calado que intenta resolver en lo conceptual y también en lo sensible. ¿De qué orden es la relación entre el lugar y la obra que alberga? ¿Qué determina que una obra encuentre su lugar? Estas son preguntas ya hechas anteriormente, especialmente

desde la escultura. Escuchar sensiblemente al *genius loci* no es cosa menor, y el artista que presentamos parece conseguirlo siempre en una apuesta precaria que hace aparición por momentos, pasando a ser obra efímera en la medida que ha conseguido entablar el diálogo sensible con el lugar.

La ruina es entendida no como fracaso irremediable sino como posibilidad de proyecto y de generar nuevos cuestionamientos sobre el lugar y la actitud mantenida frente a él. La ruina cargada de entropía y desorden será el espacio natural donde se desenvuelvan sus intereses estéticos. Así, el tiempo, la entropía, el fracaso y los intentos de orden serán su metodología de trabajo en unos procesos constructivos elementales que le llevarán a montar y desmontar las obras, como si el diálogo con el lugar estuviera condicionado desde el comienzo por su condición efímera, quedando, eso sí, el diálogo, la experiencia transformadora. Porque caminar por los parajes en busca de ese lugar al que hay que extraerle el espacio de la experiencia, requiere una actitud primigenia, telúrica, si se quiere, abierta a la desnudez de unas condiciones que no se conocen. Caminar entonces es permanecer en lo abierto consiguiendo un diálogo entre el espacio y lo carnal (*).

Juan Carlos Meana

Artista y docente en la Universidad de Vigo

* Sobre la obra de Román Corbato realicé un análisis en la revista *:Estudio*, nº 11, 2015 titulado "Paisajeando: orden de la experiencia vs. desorden del paisaje en la obra de Christian García Bello y Román Corbato", pp. 233-248.